



Luis Salvago  
**Josephine**



LUIS SALVAGO

# Josephine

Galaxia Gutenberg

Galaxia Gutenberg,  
**Premio Todostuslibros al Mejor Proyecto Editorial, 2023,**  
otorgado por CEGAL (Confederación Española de Gremios  
y Asociaciones de Libreros).



La presente obra ha ganado el XXVI PREMIO TIFLOS DE NOVELA, convocado por la ONCE, otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez, vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.ª Imelda Fernández Rodríguez y compuesto por D. Luis Mateo Díez Rodríguez, D. Ángel García López, D. Manuel Longares Alonso, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D.ª Fanny Rubio Gámez, D. Ángel Basanta Folgueira, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.ª María Ángele Pérez López, D.ª Care Santos Torres, D.ª Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.ª Penélope Acero Cayuela, D.ª Christian Linares del Castillo-Valero, D. Joan Tarrida Planas y D. Francisco José Maldonado Aguilar, en su calidad de secretario del jurado.

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2024

© Luis Salvago, 2024

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar  
con el propietario del copyright de la imagen de cubierta.

El editor se complacerá en indicar el crédito necesario en cualquier reimpresión,  
y está dispuesto a abonar los derechos que correspondan.

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl

Impresión y encuadernación: Sagrafic

Depósito legal: B 5259-2024

ISBN: 978-84-19738-98-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra  
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A quienes vivieron el sueño de Tánger.*

*Soy una mentira que dice siempre la verdad.*

JEAN COCTEAU

*Vivimos igual que soñamos: solos.*

*El corazón de las tinieblas,*

JOSEPH CONRAD

Cuando Josephine Perkins despertó una mañana después de un sueño agitado, se encontró en su cama con un desconocido. En su dormitorio, poblado de sombras, ángulos y formas imprecisas que daban juego a la imaginación, aquella figura no era más que un contorno sinuoso que subía y bajaba con un ritmo lento y pausado.

No fue hasta que un automóvil atravesó la calle de parte a parte cuando vio a la tenue luz de los faros que el hombre la miraba con los ojos entrecerrados. Su cuerpo grave y desnudo se tendía con la cabeza hendida en la almohada, tan cerca de ella que podía incluso sentir el cálido flujo de su respiración.

En un fugaz movimiento, Josephine se restregó los ojos como si emergiera de un fondo de agua. Aguzó la vista con el fin de descartar que continuara soñando. Pero no. Sus ojos no la engañaban. Estaba plenamente despierta y el hombre seguía allí, con su torso desnudo y los brazos cruzados sobre el pecho. No estaba segura de si la miraba porque, de haberse dado el caso, ya le habría hecho algún gesto; le habría dicho una palabra, un saludo, al menos. Es posible que le hubiera explicado qué era lo que hacía allí, en su casa, en una cama que no era suya. Fuera como fuese, concluyó que lo mejor que podía hacer era comprobar con sus propios dedos que, en efecto, aquel cuerpo era real.

De modo que acercó una mano. Con cautela, pero con determinación, acarició su angosto cuello, el anguloso mentón, pasó por encima del rostro sin apenas rozarlo y, una vez en la frente, se detuvo con un dedo en el centro, como si pretendiera extraer las intenciones de aquel hombre del fondo de su cerebro. Se pre-

guntó si debía hablarle, hacerle alguna pregunta que aclarara la situación: quién era, cómo se llamaba, cómo había ido a parar a su cama. Pero sintió cierta aprensión cuando pensó que, si en realidad aquello era un sueño, la avergonzaría escuchar su propia voz hablando a la nada.

Retiró la mano y se esforzó en recordar con todo detalle lo que había hecho el día anterior. Tal vez hubiera bebido demasiado alcohol durante la cena, o la comida estuviera excesivamente especiada, o incluso hubiera consumido alguna sustancia que le provocara un efecto imprevisto, por ejemplo, kif.

Pero Josephine se consideraba a sí misma una mujer sensata, firme en los momentos que requerían fortaleza. No soportaba perder la consciencia, el albedrío de su voluntad, y menos aún el dominio sobre sí misma, por lo que dudaba mucho de que, aunque fuera por una única noche, se hubiera dejado llevar por un exceso de frenesí. En cualquier caso, lo cierto era que no recordaba nada. Por más que lo intentó le resultó imposible averiguar con exactitud qué era lo que había hecho. Si se había quedado en casa, si volvía de un viaje a la Península, si se había visto con alguien, tal vez un hombre...

Si esto último era cierto, tampoco podía asegurar que ese hombre fuera el que en ese momento dormía en su cama. Lo poco que había visto de él era suficiente para convencerse de que no lo conocía de nada. No lo había visto en toda su vida.

Miró al ventanal. Por la claridad que se filtraba por las ranuras de la persiana, calculó que estaba a punto de amanecer. Cuando la luz le diera en los ojos y lo despertase, todo se aclararía. Hasta entonces, debía pensar en la forma más apropiada de decirle que se marchara y pedirle, más bien exigirle, que guardase un absoluto silencio respecto a lo sucedido. No soportaba los escándalos, y menos aún las habladurías sin fundamento. Si un desconocido había dormido en su casa sin su permiso era un asunto que no concernía a nadie, excepto a ella. Mientras pensaba, se entretenía en los objetos que emergían en las paredes con la luz del amanecer, en los escasos muebles, en la lámpara, en un

cuadro colgado a los pies de la cama, de colores pastel, que aun oscurecidos resaltaban en la sombra con una apagada tonalidad. Por su contenido y su aspecto, la escena parecía representar la habitación de un hotel, con una cama de madera oscura, un aparador alto, un sillón verde, un par de maletas cerradas y un papel de color blanco que destacaba sobre un suelo verdoso. No recordaba bien ese cuadro; sin embargo, juraría que conocía la habitación de ese hotel. Aquella cama de madera, las paredes blancas, ese suelo verdoso en el que –creía recordar– una vez sintió un cosquilleo de hierba cuando lo recorrió sin zapatos.

Con todo, era improbable que una imagen recreada en un cuadro coincidiera exactamente con un recuerdo vivido por alguien ajeno al pintor. Decidió, por tanto, que en lugar de darle vueltas a la cabeza era mejor levantarse como si lo ocurrido no fuera más que una escena de un sueño, el residuo de una imagen que en poco tiempo se desvanecería.

Apartó suavemente las sábanas con el fin de no molestarlo. Se cubrió con la bata y entró al baño. Después de orinar, se aclaró la vista con agua y se miró al espejo con detenimiento. Tenía los ojos algo hinchados, una sutil marca de almohada en el pómulo derecho. Por lo demás, apreció su aspecto cuidado, unos labios rosados, la tersa suavidad de su joven piel. Se acarició las mejillas con las dos manos. Apenas se había despeinado. Se cepilló por encima, lo justo para alisar el pelo y asegurar el recogido que sí recordaba haberse hecho el día anterior. «Algo *demodé*», le dijo alguien en alguna ocasión. Poco le importó esa apreciación que calificó de subjetiva. Le gustaba su peinado porque realzaba su cuello, la parte de su cuerpo de la que más satisfecha se sentía. Fijándose con más atención, se encontró un tanto pálida. Por un momento, consideró darse algo de color en la cara, al menos para ofrecer un aspecto más saludable. Pero, cuando fue a buscar la bolsa de pinturas en la habitación, se dio cuenta de que no sabía dónde estaba. Volvió al baño. Abrió una de las tres puertas del pequeño armario con espejos sobre el lavabo y la encontró. Hurgó con los dedos y sacó una esponjilla, pero antes de empe-

zar a darse algo de color pensó que era ridículo mejorar su aspecto sólo para que la contemplara un individuo que no conocía de nada. Lo más probable era que en cuanto se despertara se marchara de su casa y no volviera a verlo nunca más. Guardó la bolsa. Se humedeció de nuevo el rostro, se secó suavemente con la toalla y entró en la cocina para hacerse un café.

Le gustaba escuchar la radio mientras desayunaba. Radio Tánger. Esperaba que de un momento a otro pudiese escuchar a Jean Sablon, aquella voz suave y masculina. Es más, esperaba escuchar una canción en especial: *J'attendrai*. No había vez que no conectara la radio y no sonase, pero aquello suponía que antes debía oír otra música que en modo alguno era capaz de entender. Sin duda, si tuviera algún aparato conectado a internet le resultaría más fácil sintonizar alguna emisora norteamericana, o incluso española, pero a Josephine le encantaba todo aquello que estaba en desuso, todo aquello que era algo *démodé*.

Puso al fuego la cafetera italiana y esperó a que el café empezara a salir. Se sentó a la mesa, se encendió un cigarrillo y trató de poner en orden sus pensamientos. Ya que le era imposible recordar, decidió emplear la lógica. Podía ser que, en contra de lo que ella creía, sí conociera a ese hombre. Podía ser que lo hubiera olvidado, como había olvidado dónde estaba la bolsa de las pinturas y el cuadro colgado en la pared de la habitación. Incluso podía ser que el desconocido no fuera tal, que fuera su propio marido. «Dios mío», musitó, llevándose las manos a los labios con el cigarrillo entre los dedos.

El café comenzó a borbotear en la cafetera.

Por más que lo intentaba no conseguía averiguar qué le estaba pasando. ¿Era posible que todo su mundo se hubiera borrado de un día para otro? Si así fuera, ¿quién era ella ahora? ¿Podía seguir llamándose Josephine Perkins? «Imposible», volvió a decir en voz alta sin importarle que el desconocido pudiera escucharla. Debía de estar pasando por uno de esos momentos críticos que aparecen de vez en cuando en la vida, una crisis nerviosa, una debilidad momentánea que en unas horas habría de remitir. «Ca-

bal, cabal», se dijo a sí misma. Ella era una mujer cabal, y si las circunstancias la habían llevado hasta el extremo de no reconocerse, lo que debía hacer era dejarse llevar, comportarse como si, en efecto, fuera dueña de la situación.

Se sirvió un café solo, sin azúcar, y paseó con el plato y la taza en una mano y el cigarrillo en la otra. Había amanecido del todo y las cortinas abiertas dejaban entrar la fría luz invernal. Los ruidos de estiba golpeaban el aire desde primera hora; Josephine ya se había acostumbrado a ellos. Podría decir que ya ni siquiera los oía, formaban parte del mismo paisaje sonoro al igual que el graznido de las gaviotas o las llamadas de los almuecines a la oración. De cada pared del salón colgaba algún cuadro, siempre los mismos colores, las mismas escenas de interiores, bares medio cerrados, habitaciones abruptamente iluminadas, una gasolinera, la recepción de un hotel y, como escena más representativa, una expresión notoria de la soledad. Mujeres que miran, mujeres que piensan, viejos con las manos en las rodillas, en actitud reflexiva, en actitud expectante.

Se detuvo frente a uno de los cuadros. Inhaló el humo del cigarrillo, lo expulsó y siguió con la vista su desvanecimiento en el aire. En cualquier momento el desconocido aparecería en la puerta. Ella debía mostrarse resuelta y en ningún caso hacer una pregunta indebida que pudiera poner al hombre sobre aviso. De nuevo le vino a la cabeza la peregrina idea de que fuera su marido. En ese caso tal vez esperase que lo recibiera con un abrazo, un beso de buenos días. Sin embargo, no podía atreverse a hacer tal cosa mientras existiera la posibilidad de que fuera un desconocido. Se llevó el cigarrillo a los labios. Fumó. No tenía constancia alguna de que compartiera la cama con un único hombre, como no tenía constancia de una celebración de boda, de unas palabras en un juzgado o en un jardín con restaurante. Era un desconocido en su más pleno sentido.

—¿Aún estás aquí? —dijo una voz que venía del otro lado de la casa.

El hecho de que lo esperase no evitó en modo alguno que se sobresaltase. Josephine aplastó con ahínco la colilla en el plato y, cuando se asomó a la puerta, se dio de bruces con él.

–Buenos días... –respondió con un ligero titubeo.

Fuera quien fuese, no se había vestido para salir. Más bien al contrario, se había puesto ropa de estar por casa, un pantalón de chándal y una camiseta negra con el dibujo de un conejo estrábico cuyo ojo izquierdo formaba la «o» de la palabra *asshole*.

A Josephine le pareció un tanto desagradable aquella expresión, más aún cuando se mostraba en una prenda de ropa que parecía diseñada para usarse en cualquier circunstancia, incluso en la calle. Sin embargo, trató de disimular su turbación y, cuando recuperó de nuevo la templanza, dejó la taza de café en la cocina y le preguntó en el tono más neutro que le fue posible:

–¿Vas a ir a algún sitio?

El hombre arrugó el ceño y dejó en suspenso la cafetera en el aire tras haberse servido café.

–No... –respondió al tiempo que sacudía la cabeza de lado a lado-. Al colegio... Como siempre. Dentro de una hora.

Josephine reconoció de inmediato que había hecho una pregunta ridícula. Decidió guardar un prudencial silencio durante unos minutos y prestó atención a las destrezas del hombre con los utensilios de la cocina, en cuyos ademanes Josephine encontraba una absoluta desenvoltura. Sabía dónde estaba la leche, la llave del gas, cómo funcionaba el microondas, la cantidad de café que podía quedar en la cafetera después de que ella se hubiera servido. Había abierto la puerta exacta donde se guardaba el azúcar y también había sacado una cucharilla de su correspondiente cajón. Sin duda, ese hombre se sentía como en su casa. Siendo así, ¿qué debía hacer ella? Ni siquiera sabía cómo se llamaba. ¿Incluso eso lo había olvidado? Si no quería que él descubriese aquella confusión que sentía era imprescindible averiguar su nombre. En algún momento tendría que usarlo. Pensó que, en lugar de esa ridícula palabra grabada en la camiseta, bien podía haber grabado su nombre. A no ser que justamente fuera ese...

Se sentó junto a la mesa cuidándose de juntar los bordes de la bata al cruzar las piernas. El desconocido, de espaldas a ella, sacó un par de rebanadas de pan de una bolsa y las introdujo en el

tostador. Josephine consideraba imperativo conocer su nombre. Si tuviera la ocasión de salir a la puerta de la calle podría leerlo en el cartel junto al timbre. Pero necesitaba una excusa para salir al rellano. Tal vez en alguna carpeta de documentos que había visto en el salón. Podría decir, simplemente, que iba al baño, pero el salón se encontraba en dirección opuesta.

Los silencios eran cada vez más largos, más manifiestos. Llegó un momento en que Radio Tánger no se oía. No sólo porque le gustaba escuchar la radio a bajo volumen, sino porque la música árabe alcanzaba en determinados momentos tal nivel de cadencia que el efecto producido era el de un «silencio sonoro». Si no se le ocurría algo, en cualquier momento todo saldría a la luz. Se sentía tan incómoda que pensó que lo mejor era reconocer que estaba perdida, que, por alguna razón, como una extraña enfermedad o un persistente vahído, se le había borrado la memoria. A punto estuvo de levantarse, acercarse a él y confesarle la verdad, pero justo en ese instante descubrió en el cuenco de la mesa un par de cartas dispuestas entre las piezas de fruta. Una de ellas, una carta de banco con el recuadro translúcido en la que pudo leer un nombre: Abraham Laberni López.

Sintió una especie de alivio, la sensación de que había salido por fin del atolladero. Sin embargo, al mismo tiempo reconoció que ese nombre no le sonaba de nada, ni tampoco los apellidos. Las evidencias se acumulaban una tras otra. Había perdido el registro absoluto de sus recuerdos, las propias huellas de su existencia. Siendo así, ¿podría ser que estuviera enferma, que padeciera de una amnesia pasajera, un delirio, un trastorno de personalidad? Porque, ¿no es acaso acercarse a la locura descubrir que el pasado ha desaparecido?

Josephine sintió un brusco estremecimiento. Ni siquiera estaba segura de que pudiera ponerse de pie. Las fuerzas la habían abandonado, la cabeza le daba vueltas, sus manos se humedecieron con una pátina de sudor. Deseaba salir corriendo de esa casa, de la que tampoco estaba segura de que fuera suya, bajar la Cuesta de la Playa y meterse en la fría agua del mar. Pero eso significaba re-

conocer su trastorno, darle cuerpo de realidad. Debía sacar fuerzas de donde pudiera, fingir. ¿Era posible fingir? Por supuesto, cualquier escritor de ficción es capaz de fingir. Y ella fingiría tanto como un auténtico personaje de ficción. Se convenció a sí misma de que lo suyo no era más que un trance pasajero que desaparecería en cuanto asumiera los síntomas con una cierta naturalidad.

Sólo necesitaba tiempo.

Abraham había sacado un cuchillo de algún cajón y, con cuidado, colocaba dos pastillas sobre una tabla. Josephine lo miraba con atención y elucubraba sobre las posibles dolencias que podían afectar a un hombre que, a juzgar por su aspecto físico y el modo en que se movía, o incluso por lo vívido de su mirada, no debía de alcanzar los cuarenta años.

Con un ruido seco, el pan saltó de la tostadora.

–Abraham...

El hombre levantó la cabeza y alzó levemente la comisura derecha de la boca.

–¿Sí...?

–Esos son los medicamentos que tomas todos los días... –dijo empleando ese artículo, «los», para indicar que aquello era algo sabido.

–Claro... –respondió él sujetando con fuerza el cuchillo y procurando encontrar una distancia media entre los dos lados de una pastilla–. Ya sabes, los nervios...

Josephine no se atrevió a añadir ninguna otra observación que pudiera dejarla en evidencia. Le parecía que esa respuesta, «los nervios», era propia de alguien que padece algo más grave y usa una palabra de significado semejante con el fin de evitar otra de más funestas resonancias.

–Esto tiene que terminar –dijo Abraham sin dejar de sujetar una pastilla entre las puntas de dos dedos–. Llevo tanto tiempo tomando medicinas que mi cuerpo se ha acostumbrado. Además, ya no me hacen falta...

–¿No te hacen falta?

Abraham negó con la cabeza y añadió:

—Si por mí fuera, hace mucho que habría abandonado el tratamiento, pero supongo que necesita su tiempo —dijo, y levantó los ojos hacia Josephine como si de pronto la hubiera descubierto en la cocina.

Josephine se sintió levemente intimidada. Se dio cuenta de que en ningún momento había pensado en la posibilidad de que no fuera él el intruso. Tal vez fuera ella quien se había adueñado de la casa, se comportaba como si le perteneciera, y se había acostado en la cama de alguien del que no conocía siquiera su nombre. En ese caso, era Abraham, y no ella, quien estaba pasando por ese trance.

Y ya puestos a elucubrar, podía ser que los dos fueran seres perdidos, seres sin memoria que se movían por dentro de una casa extraña procurando ocultar un misterioso olvido.

De pronto, la invadió una súbita simpatía por él. Era cierto que el asunto parecía de ciencia ficción, una de esas alambicadas teorías sostenidas por determinados científicos que aseguraban que, más que el cambio de las estaciones y la incidencia de la luz del sol, lo que más determinaba el comportamiento de los seres humanos era el campo magnético terrestre. Dudó de si tenía algo que ver con las protuberancias solares, los estallidos de magma solar. Una vez leyó en un *Reader's Digest* que las tormentas solares eran poderosas explosiones atómicas que alteraban de forma incuestionable el clima de la atmósfera de la Tierra y, por tanto, el comportamiento de sus habitantes.

Por una parte, la posibilidad de que esa fuera la consecuencia de su enfermedad la estremeció. Por otra, sintió un cierto arrebató místico ante el hecho de vivir una experiencia determinada por un poder cósmico, una energía de dimensiones colosales que tanto incitaba a la germinación de una semilla como inducía a la atracción física entre dos personas. Porque eso era lo que sentía por el desconocido: una sintonía inaudita que escapaba a su propia comprensión. La atraía su barba incipiente y oscura, la sobriedad de sus rasgos, un punto de ensoñación en la mirada que le daba juego para imaginar las más ingeniosas fantasías. Incluso

sus manos, de huesos recios y fuertes nudillos, se le antojaban como el ideal perfecto de las manos de un hombre.

Tan ensimismada estaba Josephine en la elaboración de su teoría que no había advertido que Abraham ya había terminado de desayunar y la observaba complaciente desde el otro lado de la mesa, una mano sobre el dorso de la otra.

–Hace algo de frío...

–Sí –dijo ella comprobando con los dedos que el recogido permanecía en su sitio.

–Me gusta tu pelo.

Josephine sonrió.

–Es... un poco antiguo –añadió él.

–¿Antiguo?

Abraham se removió en el asiento. Carraspeó. Sin duda se dio cuenta de que había dicho algo inapropiado.

–Quiero decir, un estilo retro... por decirlo de alguna manera –intentó corregir, al tiempo que se levantaba y comenzaba a recoger los platos del desayuno–. Josephine...

Al escuchar su nombre en la boca de Abraham, Josephine advirtió que en ningún momento le había dicho cómo se llamaba, ni había podido asomarse al rellano, ni probablemente había podido leer ninguna carta de banco dirigida a ella. Si él se encontraba en el mismo punto de confusión que se encontraba ella, sin duda lo había averiguado de alguna otra manera. Con el fin de ocultar su desconcierto, miró hacia la ventana de la cocina y señaló hacia las antenas que formaban un bosque sobre las azoteas de los edificios del Zoco Chico.

–¿Por qué no las quitan?

Él la miró extrañado. Se levantó y pasó una mano por delante de ella para apartar la cortina.

–Las antenas. Dicen que ya no hacen falta.

–Bueno –dijo él–, al menos les sirven a los pájaros.

–Es verdad, les sirven a los pájaros.

Sin duda, los efectos de las llamas solares eran imprevisibles.

En el instante mismo en el que abandonaba la casa, Abraham se detuvo en el umbral y miró hacia atrás. Josephine cruzó los brazos y esbozó una sonrisa sin saber qué más hacer, si acercarse, si despedirse, si permanecer a una prudente distancia para no dar lugar a una mala interpretación. Pero en ese tiempo de incertidumbre la puerta se cerró con un golpe seco y los pasos de Abraham descendiendo la escalera dejaron en el rellano un eco agudo que la sumió en una intensa soledad.

Si todo aquello que le estaba sucediendo era producto de una efímera amnesia, no existía lógica alguna. A ese hombre no le debía mayor consideración que a cualquier otro ser humano. No lo conocía, no sabía nada de él. Únicamente que tomaba pastillas para los nervios, y acaso que le gustaba Edward Hopper, a juzgar por los cuadros que colgaban allá donde una pared dejaba un hueco. Ni siquiera estaba segura de si el nombre con el que lo había llamado, Abraham, era verdadero o se había dado por aludido para no dejarla en una incómoda situación.

Sin embargo, tenía el palpito de que existía un extraño vínculo, una insólita cercanía que el extravío de su memoria no lograba esclarecer.

La ventana había quedado entreabierta. El ruido del puerto se colaba por la rendija, y se colaba el aire, y se colaba un vacío espeso que contagiaba el alma. Era curioso que, a medida que pasaba de una habitación a otra, la casa pareciera alzarse sobre sus cimientos, los techos se reconstruían, las paredes, los suelos. Incluso los muebles emergían de la nada y cobraban forma para

instalarse en su cerebro como un recuerdo verdadero. Pero no, toda esa realidad que la envolvía no aparecía como si fuera invocada. No surgía como un sueño, como un producto de la imaginación. La realidad se creaba, se construía a su alrededor, cobraba fuerza de verdad como si un dios creara un mundo sólo para que ella pudiera existir.

Si alguien le hubiera preguntado en ese momento qué era lo que sentía, le habría dicho que estaba volviendo a nacer. Porque era eso lo que sentía: una luz nueva, un nuevo tacto de los objetos, de infinitas texturas, el sonido, brusco, repetitivo, capaz de enloquecer a cualquiera que viviese cerca del puerto y no asumiera que Tánger late como un corazón. Se llevó las manos al rostro y miró al caótico paisaje de azoteas desde el ventanal del salón. Bajo ellas se extendía la antigua Medina de Tánger, las estrechas calles del Zoco Chico, angulosas, oscuras, herrumbrosas, que desde su altura le parecían ahora un intrincado laberinto del que sería imposible salir.

Era inaceptable que Abraham se marchara sin haberle dado una sola explicación, sin referencias, sin un concepto exacto de sí misma, sin decirle si aquella era su casa o no lo era. En ese caso no sería más que una usurpadora.

El mundo entero le parecía un lugar extraño, al contrario que para él. Su forma apresurada de salir de la casa, sin afeitarse, sin terminar de desayunar, sin preguntarle qué es lo que haría a lo largo de la mañana, resultaba sospechosa; incluso la inclinaba a pensar que debía de tener alguna responsabilidad. Cómo, si no, se movería por la casa como si fuera suya. Cómo, si no, sabía que debía ir al colegio, que le faltaba una hora para dar la clase.

Tenía conciencia del tiempo, y una idea clara del espacio. Fuera cual fuese.

De repente le vino a la cabeza el comienzo de una novela en la que había pensado hacía unos meses: la historia de una mujer que olvidaba su nombre y su mundo. Una mujer sin memoria. La idea le pareció ingeniosa, aunque en su momento alguien, no recordaba quién, intentó disuadirla de llevar el proyecto adelante.

Le dijo que esa historia ya se había contado mil veces y que no valía la pena empeñarse en una novela que carecía de originalidad. La evocación de ese pequeño detalle, aquel inicio de novela, la llenó de alivio. Al fin y al cabo, era un síntoma de que su memoria permanecía íntegra, aunque inextricable. Sintió el impulso de salir a la calle, adentrarse en la Medina, esperar que los recuerdos surgiesen como surgen las piedras cuando se retira el mar. Tarde o temprano tendría que suceder. La vida sin un pasado es inconcebible. Y en algún momento ella recuperaría su propio pasado.

Se ajustó el cordón de la bata y caminó hasta el salón. De la estantería extrajo un viejo álbum de fotos, descolorido, con un cordón que marcaba las páginas. Al abrirlo, unas cuantas fotografías cayeron al suelo junto a las charnelas que las sujetaban. Las cogió al vuelo. En blanco y negro, en color desvaído. Las contempló con singular interés, con una emoción que le producía un ligero temblor en las manos. Miró una, y otra, y otra, pretendiendo encontrar en sus personajes un rostro, una mirada, una forma de cuerpo que la inclinara a señalar con el dedo para decir: «Esta soy yo». No fue hasta que llegó a las últimas páginas cuando reconoció los ojos profundos de Abraham y su robusto mentón.

El martilleo del puerto repicaba en las paredes, en las verjas pintadas de blanco que cerraban las ventanas del luminoso salón. Lejos de resignarse, volvió a la primera página y examinó el álbum de principio a fin con el deseo, más que con la intención, de descubrir su rostro entre esos rostros.

Pero allí no había nada que la uniera a esa casa. Su rostro no existía, como no existía su nombre.

Cerró de un golpe el álbum y lo devolvió a la estantería. Se levantó, deambuló de una habitación a otra con los brazos cruzados. La cabeza se le llenaba de horribles temores, su corazón latía fuerte y desacompañado. Caminó hasta el baño y se miró al espejo. Se vio desdibujada, borrosa, como si su imagen fuera más una sombra que un reflejo de sí misma. «La mujer sin cuerpo», dijo en voz baja pensando en el título de su nueva novela. Añadió

que, sin lugar a dudas, era un buen título y que no toleraría que nadie la disuadiera de incluirlo en una portada. La escribiría desde esas mismas palabras, antes el título que la historia. «Sí –dijo para sí misma, como si la imagen del espejo le preguntara–, será la historia de una mujer que no soporta los espejos, que prefiere reconocerse desde su propia conciencia. Una mujer que no se deja arredrar.»

No debía dejarse llevar por la exasperación. Tomaría una ducha, se pintaría los labios y se vestiría de forma apropiada.

Abrió el grifo. Extendió la mano y esperó. Dejó luego que el agua caliente resbalara sobre su cabeza y cubriera su cuerpo. Miró sus pies, arrugó los dedos. Sintió la lisa superficie del plato de ducha, escuchó el agua girando en el sumidero. Con los ojos cerrados, elaboró un plan para esa mañana. De ningún modo bajaría a la calle hasta que no encontrara las respuestas que necesitaba. Esperaría a que Abraham volviera del trabajo, entonces lo abordaría con vehemencia, le pediría explicaciones, le preguntaría cómo era posible que ella no apareciera en ninguna de las fotografías del álbum. Le diría que ella no consumía kif ni ninguna otra cosa que le nublara la razón; luego le pediría las señas de un médico. Era necesario que le diagnosticaran la enfermedad.

Cuando salió de la ducha se envolvió en la toalla. Advirtió que los muelles del puerto se habían quedado en silencio. Le gustaba sentir la humedad en el cuerpo, y caminó por la casa sin apenas secarse. En el salón encendió el radio justo cuando Jean Sablon empezaba a cantar *J'attendrai*. Se sentó en el borde del sofá para no mojarlo. Respiró. Tal y como imaginaba, la ducha le había despejado la mente. Todas sus preocupaciones parecían haberse hecho pequeñas, casi inexistentes. Miró los números luminosos en un reloj de pared, sin saetas, sin esfera, sin tictac. Le desagradaba esa modernidad que prescindía de lo esencial. Para Josephine era como si el tiempo hubiera perdido su sonido.

Abraham no tardaría en llegar, a menos que acostumbrara a comer fuera de casa. Se había marchado sin afeitarse, vestido con una simple camiseta de manga corta y unas zapatillas de deporte.

Ni siquiera había hecho la cama, si es que su cama era aquella donde habían dormido. Ahora que por fin podía pensar con tranquilidad, consideró que era un hombre atractivo, a pesar de sus ojos profundos, que parecían haberse retraído para no ver la realidad. Le atraía la forma de su mentón, los leves ángulos a los lados de la mandíbula, la oscura sombra de su barba. Al trasluz de la mañana no vio más que el grave perfil de su cuerpo, la insinuación de su piel. Luego, en la claridad del día, no se atrevió a mirar más allá de su rostro. A eso se redujo su curiosidad natural: estudiar sus expresiones, sus palabras, el modo en que cerraba los ojos en un tic repentino cuando pretendía dar una explicación, que Josephine interpretó como un síntoma de timidez. Tal vez a él le hubiera pasado lo mismo que a ella, se había sentido abrumado, y por ese motivo había salido de la casa sin dar explicaciones, con tanta precipitación.

En esos pensamientos estaba cuando escuchó unos pasos en la escalera, el cascabeleo de un manojito de llaves, un carraspeo que sonó muy cerca de la puerta que daba al rellano.

Abraham entró, cerró, y, al mirar hacia dentro, se encontró frente a frente con una mujer sujeta a una toalla que agarraba con las dos manos a la altura del corazón, dejando al aire sus caderas, sus pechos, los hombros perlados por un resto de humedad.

Habría podido ocultarse del todo, envolverse con la toalla, pero había utilizado el tiempo para hacerse un recogido con un par de horquillas que sujetaba en los labios. Poco le importaba que la viera alguien del que había conocido su nombre esa misma mañana. Poco le importaba cuando tantas veces había posado para un pintor.

Pero Abraham, que ella supiera, no era ningún pintor.

Su saludo fue ininteligible. Un espeso balbuceo, una o dos palabras que sonaron a latín.

Josephine se envolvió por completo.

—Hola —dijo.

Abraham recorrió la entrada, con la vista tan baja que cualquiera hubiera dicho que contaba las baldosas del suelo, y se

adentró en la cocina para comenzar a abrir puertas de armario, a trastear con platos, con cacerolas. Josephine consideró que debía darle alguna explicación. Se situó a su espalda y le dijo que había estado ojeando el álbum de fotografías.

–Está bien –dijo él, con cierto desinterés.

–Las fotografías están sueltas. Se caen. Las he guardado como he podido.

–Bien... –repitió, los ojos puestos en el jabón con el que se lavaba las manos.

Josephine se incomodó. Tal vez tenía que haberse vestido antes de salir al salón y no mostrar esa falta de pudor. Que a Abraham le gustase la pintura no significaba que fuera pintor. Y menos aún que utilizara modelos. Era cierto que algunos de los cuadros de la casa mostraban mujeres medio desnudas, pero una cosa era ver a una mujer pintada en un cuadro y otra distinta contemplarla en carne y hueso.

–Voy a vestirme... –se excusó, al tiempo que se encaminaba al dormitorio.

–¡No!

Algún objeto cayó de las manos al fondo del fregadero.

Josephine sintió que sus pies se clavaban al suelo. Sin volverse, alargó una mano y se ajustó la toalla bajo las axilas. Le hubiera gustado escuchar el martilleo de la maquinaria del puerto para romper el incómodo silencio, pero en el turno de descanso sólo se oía de vez en vez la bocina de algún barco que partía, y la llamada a la oración. Tampoco sonaba la radio. Había perdido la sintonía, o quizá él mismo había decidido apagarla.

–Perdón... No estoy acostumbrado... –se disculpó Abraham mientras se secaba las manos y Josephine miraba al frente, al cuadro de la habitación de hotel que colgaba de la pared junto a la cama–. Me gusta verte así.

Josephine se dio la vuelta. Apretó los labios y apartó una silla en la que se sentó. Abraham encendió la radio, explicó que a veces perdía la sintonía y sonaba un ruido eléctrico que le alteraba los nervios. Josephine asintió. Estiró hacia abajo el borde de la toalla

y se excusó por lo ridículo que pudiera parecer lo que a continuación dijo: que le preocupaba que ella no apareciera en ninguna fotografía, y que no reconociera a nadie que no fuera él de niño, él de mayor, él haciendo turismo en una ciudad de Europa.

Josephine se resistía a admitir que el vacío de su memoria la atormentaba, y que incluso a veces pensaba que perdía la razón.

Abraham escuchaba apoyado contra la encimera. Los brazos cruzados, la vista puesta unas veces en los dibujos del suelo y otras en sus piernas, momento en el que siempre reproducía el tic de los ojos.

–Nunca he abierto ese álbum –dijo como única explicación.

Josephine se acomodó la toalla más por mostrar su escepticismo que por necesidad. De nuevo la cabeza se le llenó de dudas. Cuando lo pensaba, le resultaba extraño que aún no le hubiera preguntado de dónde había salido, qué hacía en su cama, en su casa, cubierta con su toalla de baño. Era lícito pensar que él se hiciera las mismas preguntas. Sin embargo, existía una gran diferencia. Mientras ella se sentía obligada a guardar las formas y a ocultar su exasperación, él se mostraba dueño de sí mismo, seguro, investido de una aparente tranquilidad. Era evidente, por tanto, que ella no debía dar una idea equivocada. Ante él debía mostrar siempre esa misma apariencia.

–Bueno –intervino Abraham de nuevo–, va siendo hora de comer.

Josephine se levantó y le dijo que iría a cambiarse a su cuarto. Empleó ese posesivo, «su», con plena intencionalidad, aunque él parecía ocupado en buscar en la nevera algo que le sirviera para preparar la comida.

El ruido del puerto se había aplacado. Cuando Josephine entró de nuevo en la cocina, vestida con la misma bata que había usado esa misma mañana, Abraham ya había dispuesto sobre la mesa una comida frugal que calentó en el microondas.

Josephine se sentó y le informó de que en el armario no había más que un traje de color verde, y unos zapatos también verdes. Pinchó unas hojas de ensalada, y sin mirar a Abraham añadió:

–Podríamos ir esta tarde a las Galerías Lafayette.

Abraham clavó el tenedor en la ensalada, masticó y, levantando los ojos hacia ella dijo:

–¿Aún están abiertas las Galerías Lafayette?

Ella torció la boca en un gesto de sorpresa.

–Claro...

Le extrañó a Josephine una pregunta como aquella. No podía ser que las Galerías Lafayette cerraran para siempre y ella no lo supiera. Dedujo que entre ellos existía un juego de sutilezas, que consistía en averiguar quién era el primero en descubrir al otro. Entendió que no podía seguir adelante con la conversación sin asumir un riesgo y cuando iba a preguntarle qué hacía en Tánger, además de dar clases en un colegio, él se le adelantó.

–¿Has terminado de leer la novela?

Josephine se encontró en un callejón sin salida. No recordaba que estuviera leyendo ninguna novela. Sólo recordaba que había pensado en un nuevo proyecto titulado *La mujer sin cuerpo*, pero, si estaba leyendo una novela, no recordaba su título, ni el autor, ni tampoco su argumento. Abraham aguardaba su respuesta sin masticar, la comida haciéndole un bulto en un lado de la boca.

Sintiéndose derrotada en ese complicado juego en el que se veían envueltos, aclaró la voz y dijo:

–*La vida perra...*

Abraham, sin dejar de mirarla, comenzó a masticar.

–*La vida perra de Juanita Narboni...* –precisó Josephine.

No tenía idea de cómo le había llegado de pronto esa iluminación. La atribuyó a las tormentas solares, a un oportuno destello que, sin duda alguna, había escapado del sol y penetrado en su cabeza.

–No, voy por la mitad... –apostilló–. Me gusta el estilo de Ángel Vázquez.

Abraham pareció complacido. Siguió comiendo y le dijo que había empezado a escribir una novela que trataba de una mujer que se había olvidado de su pasado.

Josephine lo miró estupefacta. Por una parte, creyó haber encontrado el punto de conexión que necesitaba; por otra, le pareció inverosímil que el argumento fuera tan parecido. Cuando se recuperó de su estupefacción añadió:

—Yo estoy escribiendo una con un argumento más o menos similar, una mujer que ha perdido la memoria. Se titula *La mujer sin cuerpo*.

—De modo que tú también escribes —respondió Abraham, sin mostrar interés en lo parecido del argumento—. *La mujer sin cuerpo*... Sí, es un buen título.

Josephine se sintió halagada por su apreciación. Se llevó la mano al cabello, buscó mechones sueltos, horquillas descolocadas.

—También poso para un pintor —dijo de pronto, impulsada, tal vez, por ese mismo destello que había instalado entre ellos una súbita familiaridad.

—¿Para un pintor?

Abraham se mostró notoriamente interesado.

—Sí. Para un solo pintor —precisó Josephine.

Se oyó a lo lejos la sirena de un barco, grave y penetrante como un cuchillo que hendiera el aire.

Después de un largo silencio, pareció que Abraham hubiera perdido las ganas de hablar. Se concentraba en la ensalada, en la tortilla, en un vaso de vino del que bebía a tragos largos y le obligaba siempre a limpiarse los labios con una servilleta aferrada en la mano.

Pensó que, con toda seguridad, a Abraham le gustaría saber por qué posaba para un solo pintor, y de buena gana se lo habría explicado. De hecho, tan a punto estuvo de hacerlo que dejó el tenedor en el plato y, justo cuando quiso buscar las palabras adecuadas, tuvo la sensación de que la razón se le nublabá y las palabras caían por un agujero. Por un momento, olvidó dónde estaba, qué hacía, por qué estaba comiendo con un desconocido. Para entonces, Abraham ya se había levantado y, mientras recogía su plato y sus cubiertos, le dijo que no le importaría en absoluto acompañarla a las Galerías Lafayette.